

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSE DEL PUERTO

PUBLICACIÓN MENSUAL

ADMINISTRACION
57. SANTA ENGRACIA. 57



AMPARO VILLAR
NUEVA TIPLA DE ZARZUELA

Fot. Kaulak

EL TEATRO

Núm. 55

Abril 1905



STEFI GEYER,

Fot. Kaulak

NOTABLE VIOLINISTA DE QUINCE AÑOS QUE HA DADO TRES BRILLANTES CONCIERTOS EN EL TEATRO DE APOLO



CRÓNICA GENERAL

La gloria del teatro podrá ser la menos duradera; pero es, sin duda alguna, la más esplendorosa. El sabio no es popular; sus descubrimientos, que transforman el mundo, avanzan sin ruido; su trabajo tiene algo de misterioso y sus resultados difícilmente pueden ser apreciados en el primer momento por el público. Los triunfos del poeta lírico ó del novelista no se concretan en un instante determinado; los aplausos que los tributamos, son como palmadas aisladas: aquí la de un lector, allí la de otro... Aunque éstos sean muchos no producen esas tempestades que atruenan la sala de un teatro. El autor dramático, en cambio, está en comunicación directa con la colectividad, con el pueblo entero, sin distinción de clases, ni sexos, ni edades. Por esta razón Lope de Vega gozaba de más fama que los grandes poetas, filósofos, historiadores y novelistas de su tiempo, sin exceptuar al mismo Cervantes, y también por la misma causa ha sido ahora tan unánime como afectuoso el homenaje tributado á Echegaray.

A mí, sinceramente lo digo, lejos de parecerme ridículo que hasta el gremio de salchicheros haya manifestado su admiración al gran dramaturgo, téngolo por lógico y naturalísimo. ¿Qué tendero, por humilde que sea, qué industrial de Madrid ó de España no ha asistido alguna vez á la representación de un drama de Echegaray? Y si ese industrial ó ese tendero se ha sentido emocionado por el arte del poeta ¿por qué ha de parecerme ridículo que le aplauda desde su asiento de galería, en el teatro, ó en la calle, entre los demás manifestantes?

Yo no he visto, hasta ahora, ningún letrero que diga en los teatros: se prohíbe aplaudir á los salchicheros...

El homenaje pasó ya, y su recuerdo es grato para los que creemos que deben los pueblos ensalzar á sus hijos ilustres.



Otro acontecimiento del mes último ha sido el estreno en el Español del drama ó tragicomedia de Galdós, titulada *Bárbara*. Esta obra, como todas las de su insigne autor,—y por ello hay que alabarle— es de las llamadas de ideas. Sin entrar aquí en la manoseada cuestión de si el arte ha de ser transcendental ó ha de tener finalidad propia, es lo cierto, que los tiempos que corren, preñados de ideas, y las almas actuales, más bien dadas á la reflexión y al análisis que á los entusiasmos incons-

cientos y apasionados, no se satisfacen ya con el arte puro; quieren que el artista sea también filósofo y que su obra se ocupe de alguno de los graves problemas de nuestros días. Puede decirse que la aspiración y la labor del arte moderno es convertir las ideas en sentimientos. En el teatro, por ejemplo, nos interesa ya poco ó nada el conflicto amoroso y el choque de las pasiones, si debajo de él ó de ellas, no sentimos palpar un problema intelectual.

El que se nos presenta en *Bárbara* no sólo se refiere á la moral privada sino á las leyes fundamentales de la Historia. De la tragicomedia de Galdós, parece desprenderse que la humanidad se mueve describiendo un círculo eterno, en el cual se van repitiendo siempre los mismos acontecimientos. Waterloo, destruyendo momentáneamente la obra de la Revolución francesa y borrando todo lo hecho por Napoleón, da apariencias de verdad á esa teoría inventada por Juan Bautista Vico, en su *Ciencia Nueva*. Claro es que esta teoría no resiste el más somero examen: hombres y cosas pasan para no volver, y si Waterloo hizo pensar en los primeros instantes que venía á «continuar la historia de Europa» como si no hubieran existido la revolución y el Imperio, bien pronto se echó de ver que el espíritu revolucionario y la labor napoleónica habían de hecho transformado al mundo. Los cañones de el poder de Waterloo pudieron acabar con Napoleón y con su ejército; pero nada hicieron ni podían hacer con las ideas que aquel genio de la guerra impuso á sangre y fuego á Europa.

Tampoco es posible rehacer la vida del hombre; nuestro pasado es indestructible, y toda nuestra labor y nuestros remordimientos y expiaciones no pueden borrar lo que fué. Claro es que la armonía rota por el crimen no se restablece con castigos ni venganzas; pero no es menos cierto que es inútil tratar de restablecerla por el procedimiento artístico de Oracio Madaloni, el simbólico personaje de *Bárbara*.

Este Oracio, frío é inflexible como el destino, emplea, según él mismo dice, los ocios de su tiranía en labrar «con las miserias humanas la estatua ideal de la Justicia». Materiales para esta obra se los da sobrados el crimen de Bárbara, la cual, enamorada apasionadamente de un capitán español (ella es siciliana), ha dado muerte á su marido. Oracio, tirano de Siracusa, puede castigar á Bárbara como autora del crimen y al capitán por haberlo sugerido; pero el tirano, ya lo he dicho, es artista, y no se satisface

con la práctica vulgar de la justicia histórica; aspira á más alta interpretación de ella: á restablecer el derecho perturbado, colocando las cosas en el mismo sér y estado en que se encontraban antes de la comisión del delito.

Y así, sobre poco más ó menos, vienen á colocarse: Bárbara acaba por unirse en matrimonio con un hermano de su asesinado marido; el capitán español se va como peregrino á Tierra Santa, y el derecho queda restablecido por obra y gracia de Oracio Madaloni.

Todo ésto, que constituye, por decirle así, el esqueleto del argumento, está cubierto de diversos episodios que, á decir verdad, despiertan poco interés en el público. Ni la prisión del capitán nos emociona gran cosa, ni nos llegan al corazón los pasos que da para salvarle Bárbara, ni nos preocupa el que se case ó no con su cuñado. Como suele acontecer en los dramas de ideas, el propósito del autor por demostrar su tesis parece que ahoga la libertad de los personajes; todos ellos son llevados como por los cabellos á la situación final, que es lo que el autor se proponía demostrar.

En cuanto á la contextura del drama, algo hay en ella que nos recuerda la de *La Tosca*; y en cuanto á su ambiente ó mucho me equivoqué ó no es del todo ajeno á *Bárbara* el de la novela de Stendhal *La Chartreuse de Parma*.

La representación de *Bárbara* ha evidenciado una vez más el respeto que todos sentimos por el insigne novelista. Su nombre ha salvado su drama; el tabellón ha cubierto la mercancía.

El envejecer es cosa triste; pero la vejez sin recursos es espantosa. Consumir la vida en rudo trabajo, haber sacrificado toda la energía corporal é intelectual para enriquecer á un explotador codicioso, y encontrarse en las postrimerías de la existencia sin otro porvenir que el hambre, el frío y la desnudez, es, verdaderamente, un espectáculo lastimoso que hiere y subleva el corazón.

Ese espectáculo es el que nos ofrece el drama de Ignacio Iglesias que Jurado de la Parra ha traducido al castellano, y ha puesto en escena la compañía de la Comedia.

La obra del escritor catalán está bien ideada y bien compuesta; nos interesa, porque es verdadera; nos conmueve, porque el autor se ha conmovido en presencia de la vejez desvalida; y nos hace pensar, porque el problema que pudiera plantearse, ¿qué hacer con los viejos?, tiene aún más transcendencia que la puramente económica. En nuestra sociedad, poco piadosa y cada vez más adoradora de la fuerza, el respeto hacia la ancianidad va desapareciendo, y no está lejano el día que desaparecerá del todo.

Volviendo á *Los viejos* de Ignacio Iglesias, autor influido en demasía por la literatura del Norte, diré que, no obstante su mérito, que con gusto reconozco y aplaudo, advierto en ella cierta monotonía lúgubre, cierta insistencia, un tanto fatigosa, en la pintura de los dolores, tribulaciones y emociones de aquel grupo de desgraciados que desfilan por la escena, hablándonos siempre de hambre, de enfermedad, de miseria.

Hasta la misma pareja enamorada que forman Engracia y su novio, no acierta á templar la lobreguez del drama; pues si bien en ella vemos en las primeras escenas explosiones de alegría juvenil, bien pronto se ven estas sofocadas por el pesimismo del amante, joven de cuerpo, pero de espíritu calculador y falto de la simpática imprevisión juvenil que todo lo pospone al amor.

En suma, *Los viejos* en vez de producirnos ese placer puro, sereno y desinteresado que se desprende del arte, aun de la misma tragedia, nos causa depresión moral y tedio de la vida. Siguiendo por este camino, el teatro en vez de ser, como lo ha sido hasta aquí, lugar de recreo y diversión, será fúnebre recinto en que el público irá á ensimismarse en negras melancolías... O, lo que es más verosímil, habrá que cerrar los teatros por falta de espectadores.

No quiero terminar esta crónica sin dar la bienvenida á los jóvenes artistas que practicaron, ante numerosa concurrencia, el ejercicio que este año, como el anterior, por iniciativa de D. Fernando Díaz de Mendoza, se verificó en el regio coliseo. Allí donde está la juventud está la esperanza, y el teatro, como todas las manifestaciones de la actividad española, está necesitado de entusiasmos y de anhelos que le den vigor y fuerza y perpetúen su gloria.

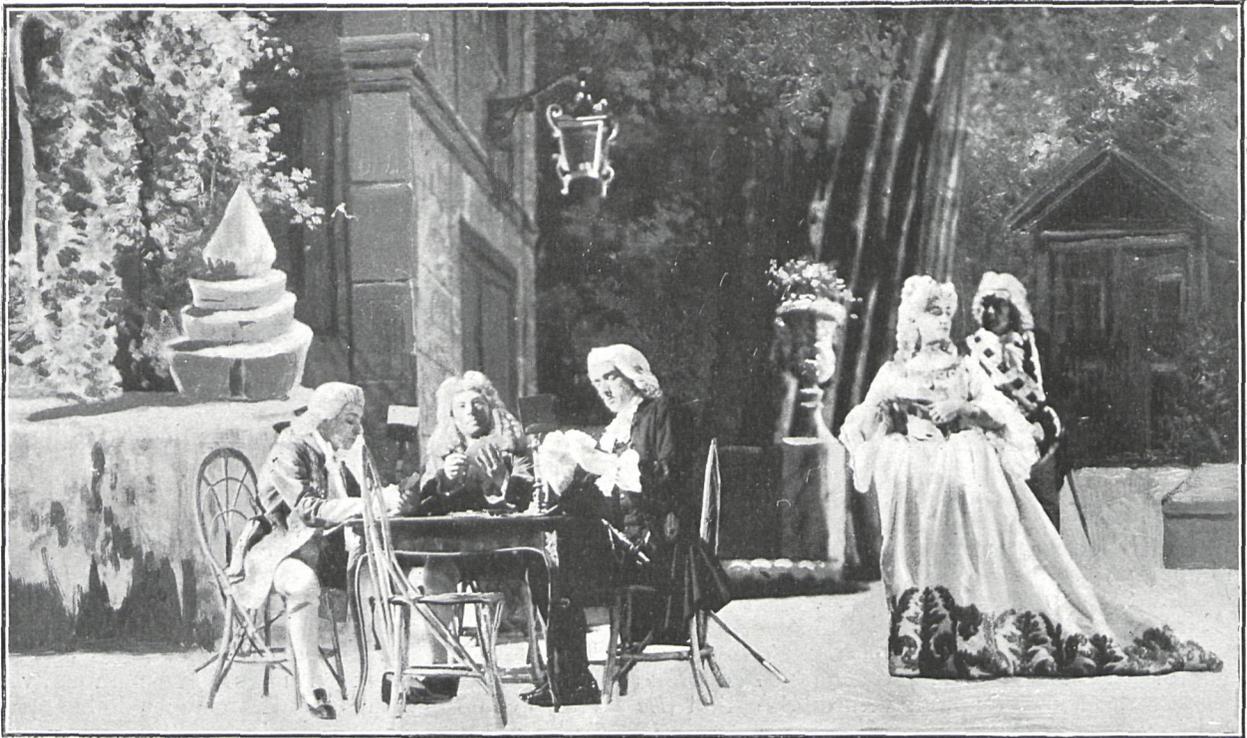
Aburrido sería pedir á principiantes, menos todavía, á discípulos, perfecciones y cualidades que aún escasean en los maestros. Para merecer el aplauso sincero de los que nos interesamos por la prosperidad del arte, basta con la buena voluntad y con el instinto artístico que demostraron los alumnos del Conservatorio. Todos rivalizaron en el deseo de interpretar lo mejor posible los papeles que les habían sido confiados, y entre todos ellos descollaron la Srta. Villabona, que hizo la Encarna de *La zagala* con una gracia y un arte que ya los quisieran para sí muchas actrices de cartel; la Srta. Jiménez, que la secundó admirablemente en su papel de Ramona de la misma comedia; la Srta. García, que con distinción y buen gusto dijo el de Magdalena en *El vergonzoso en palacio*, y el Sr. Vargas Ortega, quien se aplaudió con justicia haciendo de conde de Sierra Quebrada en la comedia de Linares Astray, titulada *María Victoria*.

Gran parte de los aplausos que estos artistas del porvenir oyeron aquella tarde, pertenecen á María Guerrero y á Fernando Mendoza, pues sabido es que para los alumnos del Conservatorio están siempre abiertas las puertas del Español y con los ensayos y funciones de este teatro puede decirse que los discípulos de aquel centro de enseñanza tienen cátedra perpetua.

Injusto sería omitir aquí los nombres de los señores Carsi y Rodríguez Solís, que en sus respectivas clases han trabajado con fe y entusiasmos juveniles, para que sus alumnos vencieran las dificultades que ofrece el difícil arte de la declamación.

A todos, maestros y discípulos, mi cordial enhorabuena.

ZEDA



D. JUANITO
Sr. Ruiz de Arana

D. CARLOS
Sr. Moncayo

LICENCIADO
Sr. Arana

LUISA
Srta. Arana

RIVALTA
Sr. Ruiz Paris

LA GUARDIA DE HONOR

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL DE D. EUGENIO SELLÉS, MÚSICA DEL MAESTRO D. RUPERTO CHAPÍ, ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

Uno de esos cuentos admirables por el estilo, que han dado fama á Sellés de castizo prosista y de inspirado literato, es la obra que con el título *La guardia de honor* se estrenó con gran éxito en la Zarzuela.

El asunto es sencillo; lo verdaderamente admirable es la forma. No carece de ingenio la trama de la comedia, pero más que las situaciones, cautiva el diálogo primoroso y ameno.

Don Carlos es un noble de la época de Fernando VI que acerca de la honestidad femenina y de la fidelidad conyugal tiene ideas muy especiales, y en un todo contrarias á las de su amigo D. Fernando.

Este opina como la generalidad de los hombres, no ya de su tiempo sino de las épocas pasadas y presentes, que en la cuestión de la fidelidad conyugal quien quita

la ocasión quita el peligro; y casado con una bella dama, procura ejercer sobre ella una vigilancia tan extremada, que no la deja á sol ni á sombra. Obsesivo y atento, no se aparta de su lado un instante

sin confiar su guarda á los sirvientes, ni la permite dar un paso sin tener antes la certidumbre del objeto que la guía; su previsión llega á tales extremos que cuando tiene que asistir á las fiestas de la Corte, se hace acompañar de su esposa, pero jamás la deja compartir con las otras damas los placeres del baile, ni aun los de la conversación, pues suponiendo que bajo la casaca de un galán puede esconderse una asechancia, evita por todos los medios el contacto.

Como suele ocurrir á estos hombres tan perspicaces para las cosas externas, en lo último resulta D. Fernando de lo más inocente que puede ima-



LUISA PEPITA
Srta. Arana Srta. Montesinos

«LA GUARDIA DE HONOR»

ginarse. Su instinto previsor no le permite comprender que el fastidio apoderado del alma de su esposa, ha de proporcionarle á ésta ideas de pecado y su femenil sagacidad medios de encontrar dentro de su casa lo que él se propone impedirle fuera.

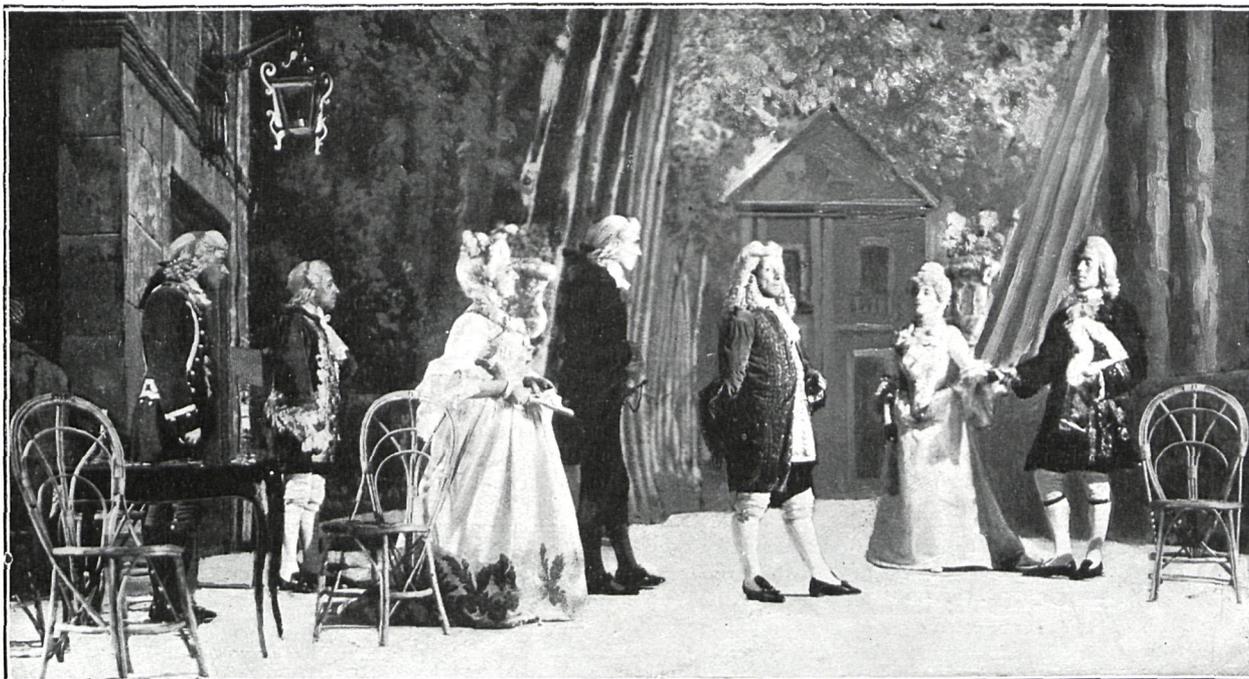
Más sensato y más prudente D. Carlos, opina, fundándose en una filosofía al alcance de los espíritus cuerdos, que con la mujer es no solamente inútil, sino hasta contraproducente, exagerar la vigilancia, puesto que como ella se proponga, su sagacidad natural le proporciona los medios suficientes para engañar al hombre más avisado, y que por el contrario de lo que cree su amigo, es más fácil confiar en su fidelidad no privándola de las distracciones honestas que son de su gusto, que metiéndola en un puño y haciéndole la vida insoportable. Espíritu superficial, el de la mujer, si en las superficialidades encuentra distracción, se considerará satisfecha.

Y poniendo á práctica su teoría, en tanto que don Fernando no permite á su esposa el más inocente

tranquilidad, porque discurriendo con sujeción á su lógica esa pléyade de adoradores que se disputan la preferencia de su mujer, constituyen con sus rivalidades la guardia de honor.

Cuantos incidentes ocurren en escena, vienen á confirmar la teoría de D. Carlos. El abate, el guardia de corps y el licenciado que enamoran á su mujer, tienen buen cuidado cada uno de no dejarla sola con ninguno de los otros dos, y en el cortejo colectivo no puede haber peligro. Además, doña Luisa no necesita de esa guardia de honor para librar su honestidad de ataques, puesto que su propia virtud es su mejor guardia. En tanto que Pepita, libre de adoradores y vigilada por su marido, encuentra el medio de burlarle, ya que no con un galán de su condición, con uno de los criados á quienes el celoso marido tiene confiada su custodia.

Puesta la acción de la comedia en la época de Fernando VI y en los pintorescos jardines de Aranjuez, únese á la gracia de la fábula para deleitar al



RIVALTA
Sr. Aristi

D. JUANITO
Sr. Ruiz de Arana

LUISA
Srta. Arana

EL LICENCIADO
Sr. Arana

D. CARLOS
Sr. Moncayo

PEPITA
Srta. Montesinos

D. FERNANDO
Sr. Ruiz Paris

esparcimiento, él deja á la suya en libertad absoluta dentro de los límites que imponen la honestidad y la buena crianza.

Bella y distinguida, la mujer de D. Carlos se considera feliz, en tanto que á solas lamenta su triste destino la de D. Fernando. Franca y expansiva aquélla, no tiene secretos para su esposo, ni piensa en otra cosa que en conservar su cariño y hacer la vida lo más grata posible sin faltar á sus deberes. Reservada é hipócrita ésta fingese dichosa á los ojos de su marido, pero acariciando en la ociosidad de sus pensamientos ideas de pecado, que la falta de distracción hacen acudir á su mente, y sus juveniles afanes de esparcimiento le ofrecen con los incitantes atractivos de la fruta codiciada y prohibida.

No faltan atrevidos galanteadores que creyendo favorable á sus miras la aparente confianza de don Carlos cortejan á su esposa, y en este frecuente asedio que alarmaría á D. Fernando si á su mujer fuese dirigido, ve el optimista esposo el motivo de su

espectador un cuadro brillante, á cuyo colorismo contribuye la belleza del decorado y de los trajes de la época.

El maestro Chapí ha compuesto para esta obra una música digna de su fama, por el carácter y la inspiración.

En cuanto á los actores encargados de interpretarla, no deben escatimarse elogios. Tanto las señoritas Arana y Montesinos como los Sres. Moncayo, Ruiz Paris, Ruiz de Arana, Aristi y Arana, caracterizaron los tipos con suma perfección y los representaron con exquisito arte.

La guardia de honor, como todas las obras escritas por Sellés para los teatros por horas, no pertenece al género que cultivan y á que tienen acostumbrado al público los demás autores.

Es, ante todo, literaria, porque literato es, ante todo, el que la ha escrito. Quizá por ésto, porque en ella no se hacen concesiones en busca de efectos fáciles y de seguro efecto, no haya despertado los en-



PEPITA
Srta. Montesinos

D. JUANITO
Sr. Ruiz de Arana

RIVALTA
Sr. Arísti

D. CARLOS
Sr. Moncayo

LUISA
Srta. Arana

EL LICENCIADO
Sr. Arana

tusiasmos que suelen despertar las más dislocadas que produce el ingenio poco escrupuloso de los autores del género chico.

Pero el público sano, el que acude al teatro deseoso de disfrutar de un deleite honesto, encuentra la obra de Sellés mucho más de su gusto que esas chocarrerías que frecuentemente ofrecen al público los teatros por horas.

Aun cuando la invasión de ese género llegó á des-
carriar el teatro y estragó el paladar del público,

su efecto ha sido pasajero y no tan pernicioso como se creía; y merced á la constante y regeneradora labor de algunos autores de conciencia literaria más recta, la rehabilitación se hace, y no está muy lejano el día en que el público, entrando francamente en el buen camino de que le hicieron desviarse, rechace abiertamente lo que aún pretenden hacerlo aceptar como bueno los autores que, faltos de verdadero ingenio, se obstinan en sostener á todo trance su averiada mercancía.



LOS AUTORES D. EUGENIO SELLÉS Y D. RUPERTO CHAPÍ Y LOS INTÉRPRETES DE LA OBRA SALUDANDO AL PÚBLICO
Fot. El Teatro, por Campúa